



CAPÍTULO IV

**Juan Bautista Vianney cuida del ornato de la iglesia.
Promueve la magnificencia del culto.**

MIENTRAS vive el hombre en la tierra, lejos aún de la ciudad permanente, que es el término de su doloroso viaje, tiene necesidad de hallar de siete en siete días la santa y gozosa estación del domingo para descansar en ella y dar reposo á sus brazos, y aliento á su corazón entre los brazos y el corazón de Jesucristo resucitado, á fin de volver á coger al día siguiente, con espíritu más vigoroso, el báculo, las fatigas y las tristezas de su peregrinación. Mas es preciso que ese descanso le recree, que ese reposo tenga aires de fiesta; porque el hombre tiene necesidad de fiestas. La Iglesia lo sabe, y ha provisto á esa necesidad. Ella sola es quien sabe y puede dar al pueblo fiestas que le procuren emociones del alma, y esa rara alegría, única que satisface á su conciencia, á su corazón y á sus ojos. Para esto nada necesita el pueblo, sino reunirse: el templo está abierto para todos; las luces brillan en su recinto, adornado y embellecido; ondas de incienso perfuman el Santuario, y armoniosos cánticos llenan las bóvedas y los corazo-

nes. Todas las riquezas, todas las pompas reservadas á los Reyes en sus palacios, se ofrecen aquí á los ojos del cristiano; embellecen, elevan, glorifican su humilde existencia y le enseñan que en la Iglesia de Dios, y en ella solamente, el pequeño, el pobre y el campesino son tratados como hijos nobles del Altísimo.

El Párroco de Ars comprendía bien esta santa poesía del domingo; había respirado sus perfumes desde la infancia, y había gozado de ella durante su vicariato. Sabía demasiado que la iglesia es el todo para un pueblo: es su vida, su fe, su esperanza, su bautismo, su gloria, su eternidad; que las efigies y los cuadros son su biblioteca, donde lee con claridad y á libro abierto lo que hombres sabios ignoran ahora: cuál es su destino. Cuando llegó á Ars, halló su pequeña iglesia tan desnuda como fría, y sólo Dios sabe todo lo que su corazón sufrió por esa desnudez. Consentía en no tener nada para él, y se complacía en su pobreza; pero quería para su Maestro el lujo y esplendor de los ornamentos sagrados. Tenía la pasión de lo bello en las cosas que tocaban al culto divino. «¡Oh cuánto goza mi alma — decía á cada nueva adquisición, viendo aumentar el *menaje* del Señor! — ¿Por qué no se ha de dar á Dios todo lo más rico y precioso? ¿No sería una ingratitud mostrarse avaro con Dios, que es tan magníficamente pródigo con nosotros? ¿No ha dado toda su Sangre preciosa por nosotros sobre la Cruz? ¿No se nos da todo entero á cada uno de nosotros en la Sagrada Eucaristía?»

Desde el principio concibió un plan de restauración para su iglesia, y comenzó por el altar mayor. El antiguo era de una sencillez más que primitiva, y se caía á pedazos. Hizo construir uno nuevo á su

costa, y tuvo el gusto de ayudar á los obreros á colocar el hermoso altar. Esta primera reparación reclamaba otra. El maderámen del coro contrastaba, por su deterioro, con los dorados y brillantes colores del altar. Después de carpintero se hizo pintor y dorador, y se le vió, durante muchos meses, con el pincel en la mano, volver á dar á las viejas molduras y á los antiguos panales un poco de frescura y de brillo.

Esos trabajos ocupaban la actividad natural del Párroco de Ars, y le libraban de la ociosidad y de la inercia, cuyos peligros temía para su alma desde que estaba en la Dombés. «El aire suave de este país me inquieta—decía suspirando;—tengo miedo de condenarme si no trabajo bastante.» Testigo el pueblo del celo de su Pastor, comprendió que todo debe ser grande en el culto del Señor, y se asoció á los santos proyectos del Párroco con una cooperación decidida; de modo que en las grandes solemnidades comenzaba á presentar el templo un aspecto interesante.

Entre las fiestas cristianas ocupa el primer rango la del Santísimo Sacramento, que ha continuado siendo popular en Francia, á pesar de la debilitación de la fe. Era, en efecto, la más grata á la piedad del Párroco de Ars. Por esto, desde el año siguiente al de su instalación, queriendo celebrarla con toda la pompa posible, hizo gastos considerables para formar un grupo de niños agraciados, y vestirlos de blanco. Recordaba que Nuestro Señor había amado á los niños, y le parecía que presentando los suyos al buen Maestro, y colocándoles cerca de Él en su gran día, le hacía un homenaje gratisimo á su corazón. Se complacía en vestirles él mismo sus túnicas blancas, y con aquel aire de bondad que gana los corazones, les decía:

«Vamos, hijos míos, habéis de estar con mucha modestia, muy recogidos y juiciosos. Pensaréis que estáis en la presencia de Dios, y que ocupáis el puesto de los ángeles. Le diréis con todo vuestro corazón: «Dios mío, ¡yo os amo!» Para agradar á Nuestro Señor es necesario que vuestra alma esté blanca, como el vestido que vais á llevar.» Animado el gracioso grupo por estas palabras cariñosas, asistía á la procesión con una compostura y una gracia que era orgullo para las madres y edificación para la parroquia.

Habiendo sabido el Vizconde de Ars todo lo que había hecho el buen Párroco para promover el culto en su iglesia, no quiso ser menos que los demás en tan hermosa obra, porque también él amaba la gloria de la Casa de Dios. Envió de París para adorno del nuevo altar, seis candelabros, dos grandes relicarios y un Tabernáculo de metal dorado y de excelente trabajo. Luego mandó un dosel magnífico, ricos estandartes, preciosas casullas, y, por último, una gran custodia de plata dorada.

Difícil es describir la alegría del santo Párroco cuando recibió todas esas magnificencias. Viósele reír y llorar de gozo, juntando las manos y levantando los ojos al cielo para atraer las bendiciones divinas sobre el bienhechor de su iglesia. Iba y volvía á la parroquia, y reunió á sus feligreses, grandes y pequeños, queriendo que todos gozasen con él de la vista de aquellos tesoros.

En una carta escrita desde el castillo de Ars, se decía: «Es lástima que no haya estado usted presente, cuando se abrieron las cajas y los fardos que contenían el último rico regalo del Vizconde. Hubierais

»gozado de la alegría extremada y, si me es permitido decirlo, infantil del santo Párroco. No puede formarse una idea de sus transportes á cada nuevo objeto que se descubría; andaba por la plaza llamando á sus buenas viejas parroquianas, y decía á una de ellas: «Madre, venid, venid, no os muráis sin ver una cosa bellísima.»

Durante algunos días no supo cómo manifestar á Dios su reconocimiento; mas al fin se le ocurrió una idea: «Hermanos míos—dijo el domingo siguiente:—habéis visto lo que el Vizconde de Ars acaba de hacer por nosotros. Pues bien: he formado el proyecto de llevaros á todos en procesión á Fourvières, para dar gracias á la Santísima Virgen y hacerla el presente de esas riquezas.» El pensamiento del Párroco fué aprobado por todos, y en el día señalado para la ceremonia el vecindario entero, con traje de fiesta, llenaba la iglesia antes del alba. El buen Pastor ya estaba allí; tenía mucho que pedir á Dios, y en el fondo de su alma nacía un mundo de alegrías, de presentimientos y de esperanzas. Todo su rebaño le rodeaba, y Catalina ha dicho con este motivo: «Si hubieran venido entonces á atacar á la parroquia, no habría muchos para defenderla.»

Aún se conserva viva en Trevoux la impresión producida por la llegada de aquella procesión campes tre. Mas lo que sorprendió tanto como el oro de los estandartes y su rico bordado, fué el mismo Párroco de Ars, con su aspecto pálido y mortificado y el aire de santidad derramado sobre su persona. Después de un pequeño descanso á la orilla del río, partieron en dos grandes barcas, arrastradas por caballos, y llegaron á Lyon bastante pronto para que el buen Pastor

celebrase la Santa Misa, en la que comulgaron la mayor parte de sus feligreses.

Esta edificante jornada ha quedado inscrita, como una fecha memorable, entre los habitantes de Ars. No solamente inauguró los ricos presentes, sino que atrajo del Cielo sobre ese pequeño rincón de tierra las gracias que debían conducir más tarde los peregrinos del mundo entero á la nueva sucursal de Fourvières. Lo cierto es que para dicho pueblo fué el principio de una gran transformación religiosa. Al mismo tiempo brilló en el alma del santo sacerdote un rayo de súbita luz: Juan Bautista Vianney presintió la gloria de su humilde pueblo; vió á las multitudes acogerse en su recinto engrandecido y buscar en él la salud del cuerpo, y la más preciosa del alma... Oyó como un eco del canto de Isaías: «Regocijaos las estériles que no parís, alegraos las que no tenéis hijos...; extended el recinto de vuestro pabellón; desenvolved las velas de vuestras tiendas y dilataos á derecha é izquierda.» (Isaías, LIV, 1-2.)

«Una vez en mi vida he sido Profeta,»—decía Vianney al fin de su gran apostolado;—y cual si temiese que se tomara por lo serio su dicho, añadía en tono de broma é interrumpiéndose: «¡Oh, mal Profeta, Profeta de Baal!... He predicho que llegaría un día en que Ars no podría contener á sus habitantes.»



CAPÍTULO V

Singular piedad de Juan Bautista Vianney, demostrada en la erección de varias capillas.

EL alma—dice Santo Tomás—es la forma del cuerpo y le imprime su belleza.—Transformándose poco á poco bajo su mano y según las inspiraciones de su fe, la pequeña iglesia de Ars había llegado á ser, en orden á su Párroco, lo que el cuerpo al alma: un bosquejo y un reflejo. Esta observación se aplica sobre todo á las cinco capillas en ella erigidas sucesivamente por el piadoso Vianney. Al abrirlas no se propuso solamente dar á su iglesia mayor extensión: ese desenvolvimiento arquitectónico que ofrece una serie de compartimientos, recordando cada uno de ellos algún Misterio de la Fe, ó la memoria especialmente venerada de algún Santo, engrandece de una manera sublime el carácter simbólico del edificio sagrado. Así en el templo como en la vida, gusta el alma hallar diversas estaciones de dolor, de consuelo y de esperanza, según se avanza hacia el presbiterio, verdadera imagen del cielo.

La primera capilla que el Párroco de Ars hizo construir, se halla al Norte de la iglesia, enfrente de la

de la Santísima Virgen, y la dedicó á su Patrón San Juan Bautista. Es creencia tradicional en el país que su erección está relacionada con un hecho milagroso, ocurrido en los primeros años del presbítero Vianney. Celebrando cierto día la Santa Misa, dice la crónica, se le apareció el Santo Precursor de pie al lado del Evangelio, y le manifestó que quería ser particularmente honrado en la iglesia de Ars, y que por su intercesión se convertirían muchos pecadores á Dios.

Mas sea lo que quiera de esa aparición, hubo otra circunstancia no menos extraordinaria, que acompañó á la construcción de la capilla de San Juan Bautista, y es digna de recordarse. Cuando terminó la obra, el caritativo Párroco, que daba á los pobres cuanto tenía, sin reservarse nada, se halló sin recursos para pagar lo que restaba á los maestros constructores. Fácil le hubiera sido manifestar su embarazosa situación, y pedir un pequeño plazo; pero este paso ofrecía sus inconvenientes. ¿Qué hacer, pues? Cuando el buen Pastor se hallaba abrumado bajo el peso de alguna grave complicación, su recurso ordinario era salir de paseo al campo con el rosario en la mano: la oración y el aire libre le fortificaban y consolaban no poco. En esta ocasión, apenas había salido del pueblo en dirección de la campiña, cuando vió que un caballero se le aproximaba; y deteniendo luego su caballo, le saludó respetuosamente, y le preguntó con interés por el estado de su salud. «No me siento mal, respondió el hombre de Dios; pero no faltan contradicciones en la vida.—¿Pues qué le sucede, señor Cura? ¿Os han causado algún disgusto vuestros parroquianos?—No, señor: al contrario, me tienen más consideraciones que merezco. Lo que hoy

»me inquieta es otra cosa: he mandado construir una capilla; los maestros han terminado la obra, y me hallo embarazado para pagarles, porque otras necesidades han agotado mis recursos.» El desconocido pareció reflexionar un momento, y al despedirse Vianney le detuvo, sacó de su bolsillo veintiséis monedas de oro, y se las entregó diciendo: «Señor Cura, ahí tiene usted para salir de su apuro; me recomiendo á sus oraciones.» Después de lo cual desapareció á buen paso el misterioso caballero, sin dejar al buen Párroco ni tiempo de darle gracias. Este fué el primer dinero impensado que recibió el santo Párroco; pero no será la última vez que un auxilio inesperado vendrá muy á tiempo para sacarle de situación parecida.

Su antiguo compañero de estudio, bajo el cura de Ecully, Rdo. Presbítero Loras, vino á bendecir la nueva capilla é inaugurarla á la vez, siendo inmenso el concurso que asistió á esta fiesta. Era la primera vez que los habitantes de Ars veían tanta multitud reunida en su iglesia. Hubiérase dicho, según la sencilla observación de Catalina, que el Santo Precursor había pasado aviso á todas las parroquias limítrofes, llamándolas á Ars. Algunos días después de la solemne ceremonia, el señor Párroco dijo á sus feligreses: «Si supieseis lo que ha pasado en esta capilla, *no os atreveríais á poner los pies en ella*. Si Dios quisiese, Él os lo haría conocer; yo, por mi parte, no os digo más.»

¿Qué es lo que había pasado en esa capilla? ¿Qué había visto en ella el santo Párroco? Esa es una de tantas semi revelaciones que se le escapaban por permisión de Dios; pero en cambio, su profunda hu-

mildad le obligaba en seguida á confirmarse en la reserva, y atenuar los efectos que pudiera su palabra producir en la opinión de sus parroquianos acerca de él. Lo que sabemos es que la capilla de San Juan fué muy querida y venerada del santo Párroco; que en ella se cumplieron los más adorables misterios de misericordia y de reparación; que allí acogió el Santo á los pecadores durante aquel largo período que puede llamarse la época triunfal de la peregrinación; que en ese recinto sagrado pasó, dedicado á los oscuros y penosos trabajos del confesonario, los últimos y más hermosos años de su vida, y que allí, en fin, consumó su glorioso martirio.

Después que Juan Bautista Vianney pagó á su Patrón el tributo de piadoso homenaje, se sintió movido, por misterioso atractivo, á levantar un altar á la joven y amable Santa, cuyo culto, recientemente introducido en Francia, hacía todos los días nuevos progresos.

En las excavaciones practicadas en Roma, en el cementerio de Santa Priscila, sobre la nueva vía Salaria, se descubrió un precioso sepulcro el día 25 de Mayo de 1802. Se veían en él los símbolos hermosos de la virginidad y del martirio: un áncora, tres flechas, una palma, un lirio, y encima la inscripción siguiente:

(FI) LUMENA. PAX. TECUM. FI (AT)

Filomena, la paz sea contigo. Amén.

Habiéndose levantado la losa que cerraba el sepulcro, se descubrieron los despojos sagrados de la Santa; y junto á su cabeza una ampolla de cristal

rota, sobre cuyas paredes se veían restos de la sangre coagulada, vertida por Jesucristo.

Ese depósito sagrado permaneció algún tiempo en Roma, de donde, á ruego de Francisco Lucia, piadoso misionero napolitano, Mons. Ponzetti, custodio de las santas reliquias, permitió que fuese trasladado á Mugnano, en la diócesis de Dola. Nuestro Señor, que no quiere que sus Santos carezcan en este mundo de los homenajes que por Él despreciaron, hizo que allí se manifestase el poder de la Santa con numerosos prodigios. Un concurso maravilloso iba continuamente á venerar los despojos virginales, y su devoción tomó tan rápido vuelo, que en 1806 había pasado las fronteras de Nápoles, salvando el mar y los Apeninos, y comenzaba á hacerse célebre en Francia, donde nuevos milagros testificaban cuán agradable era á su Celestial Esposo el culto que se daba á la virgen de las Catacumbas.

Pero lo que ha contribuido más que todo á popularizar en Francia el nombre y la memoria de Santa Filomena, es evidentemente la devoción que le ha profesado el Párroco de Ars; el celo heroico con que la ha propagado, y el amor ardiente y casi caballeresco con que se ha consagrado á su culto. Puede decirse que estas dos glorias han crecido juntas, ó más bien que tras la gloria de Santa Filomena, Juan Bautista Vianney ha querido siempre ocultar la suya; y entre el ruido de los milagros de la joven mártir ha tratado de sepultar ó de ahogar el ruido que se hacía alrededor de su santidad. Lo cierto es que atribuyó constantemente al favor de su amada Santita todas las gracias y prodigios que han contribuido á la celebridad de la peregrinación de Ars.

No describiremos la capilla de Santa Filomena, ni la del *Ecce Homo*, ni tampoco la de los Santos Ángeles, que es la primera topográficamente, y la última en el orden de su erección. El Arte nada tiene que ver absolutamente con esas creaciones modestas del estilo sencillo y popular. Su arquitecto no ha podido comunicar á la obra un sentimiento que él no tenía, y que faltaba á otros muchos en la época en que se ejecutaban esos trabajos; pero su devoción á los Santos y sus imágenes se manifiesta allí en un paraíso de efigies y de cuadros. El pueblo ama la devoción que le entra por los sentidos, y es particularmente aficionado á esa predicación muda de la madera y de la piedra esculpida. El que ha inaugurado esas capillas deseaba sobre todo que hablasen el lenguaje de la pintura, por ser el que mejor entienden los ignorantes y los pequeños; que el cielo se hiciese allí visible, y que los Ángeles y Santos estuviesen presentes por sus imágenes, á fin de consolar y predicar á los pueblos.

Siéntese uno inclinado á creer que Juan Bautista Vianney, leyendo en lo porvenir, quería también señalar anticipadamente á los peregrinos que vendrían un día á orar á su iglesia, los diferentes grados por donde debían caminar hasta la vida de la gracia unos, y otros hasta la curación completa de las dolencias del cuerpo y del alma. Hay en esas capillas una disposición que parece ser simbolo profético de las operaciones divinas de que ha sido teatro cada una de ellas.

Las conversiones comenzadas en la capilla de la Santísima Virgen, se continuaban ordinariamente en la de San Juan y se terminaban á los pies de Aquel

«que ha cargado con nuestras enfermedades y nos ha curado con sus llagas.» (Isaias, LIII, 4-5.) Las escenas que allí han pasado entre Jesucristo y las almas; los sacrificios heroicos que se han consumado; los lazos criminales que se han roto, y las resoluciones generosas que se han formado, es imposible saberlo. Mas es preciso confesar que se conmueve el alma pensando que muchas frentes altivas se humillaron y postraron en aquel santo recinto; que torrentes de lágrimas generosas se derramaron sobre su pavimento; que muchos criminales hallaron allí la paz, y que multitud de desgraciados han hallado el consuelo y alivio de sus penas, manifestando en aquel lugar santo sus esperanzas y sus dolores.

La capilla del *Ecce Homo* es el objeto preferente de la devoción de las almas que, probadas ya por los misteriosos rigores de la Divina Providencia, presienten que les esperan tribulaciones aún más amargas allí donde el deber las llama. «Yo me hallo aquí—» decía un peregrino conocido nuestro,—á la sombra de la Cruz, sobre el Calvario, al lado de Nuestro Señor; y tan lejos del mundo, que ya no me doy cuenta de su imagen ni oigo sus ruidos: apenas me acuerdo si existe.» Y luego añadía: «El Calvario es tan bueno para nosotros, que debemos complacernos y dar gracias al Divino Maestro por haberse dignado conducirnos á él, siguiendo sus pasos: al Calvario ha conducido á todos sus amigos, á todos los predestinados, á su Santa Madre, á sus Apóstoles, confesores y mártires, á sus esposas...; todos han ido allí, y todos se han hallado bien; su camino es áspero, pero su cima es luminosa. Procuremos subir á ella con paso firme; y entonces, entregando-

»nos generosamente á la amabilísima y adorable voluntad de Aquel que nos quiere tener en el Calvario cerca de sí, digámosle con toda la efusión de nuestra alma: *Maestro, bueno es estarnos aquí.*»

Tales eran las aspiraciones que salían de aquellas santas imágenes para quien quería oír su lenguaje mudo, pero instructivo.

